



JOHN STEINBECK

La luna se ha puesto

Tomada por sorpresa, una pequeña ciudad costera con poca capacidad de resistencia es sometida por un ejército invasor. La ciudad es importante porque es el puerto que sirve a una gran mina de carbón. El Coronel Lanser, el jefe del batallón invasor, junto con su personal, establece su cuartel general en la casa del democráticamente electo y popular Intendente.

Inspirada en las luchas ideológicas y los conflictos armados de nuestro tiempo, la novela recrea el tenso ambiente de un pueblo recién invadido. En una época imprecisa, un pueblo sin localización concreta y un ejército anónimo protagonizan una guerra que bien pudiera ser cualquiera. Se trata del drama de unos vencedores que se saben vencidos, que pueden matar pero no imponerse, que se abruma frente a la enconada hostilidad, la fingida sumisión, la solapada resistencia y por último, la violencia liberadora de un pueblo que se considera independiente. «La luna siempre vuelve a salir para los pueblos que resisten», nos dice el autor, mediante una escritura épica que se vuelve contundente en su propia sencillez.

A Pat Covici,
gran editor y gran amigo.

Capítulo primero

Para las once menos cuarto había terminado todo. El pueblo estaba ocupado, los defensores habían sido derrotados, la guerra había concluido. El invasor había preparado aquella campaña con el mismo cuidado que otras más importantes. El domingo por la mañana, el cartero y el vigilante habían salido a pescar en el bote a vela que el popular comerciante Corell les había prestado para todo el día, y estaban varias millas mar adentro cuando vieron que pasaba en silencio un pequeño y oscuro transporte cargado de soldados. Como el asunto les concernía personalmente en su calidad de funcionarios, decidieron enterarse de lo que sucedía, mas para cuando llegaron al puerto los soldados se habían apoderado de él. Ni siquiera pudieron llegar a sus oficinas de la municipalidad, y cuando insistieron en sus derechos los apresaron y los encerraron en la cárcel.

También las fuerzas locales —doce hombres— estaban fuera del pueblo aquella mañana de domingo, pues el popular comerciante Corell les había proporcionado el almuerzo, blancos, cartuchos y premios para un concurso de tiro que se celebraba a seis millas de distancia en una encantadora pradera de su propiedad. Las fuerzas locales, fuertes muchachotes, oyeron el ruido de los aviones, vieron a lo lejos los paracaídas y apretaron el paso para volver al pueblo. Cuando llegaron, el invasor había enfilado las ametralladoras en la carretera. Los chicarrones, con poca experiencia de la guerra y ninguna de la derrota, abrieron entonces fuego con sus fusiles. Tabletearon un momento las ametralladoras y seis de los muchachotes se convirtieron en

seis bultos muertos, acribillados a balazos; otros tres quedaron moribundos y los tres restantes huyeron al monte con sus fusiles.

A las diez y media la banda de música de los invasores tocaba una hermosa pieza sentimental en la plaza del pueblo ante los vecinos, que, boquiabiertos y con ojos asombrados, la escuchaban y miraban a los soldados de casco gris y fusil-ametralladora al brazo.

A las diez y treinta y ocho minutos se enterraba a los muertos, quedaban plegados los paracaídas y el batallón se alojaba en el depósito que Corell tenía en el dique, donde había mantas y catres para un batallón.

A las once menos cuarto el intendente Orden había recibido la petición oficial de una audiencia para el coronel Lanser, jefe de los invasores, fijada para las once en punto en el palacio —cinco habitaciones— de la municipalidad.

El salón de la municipalidad era muy agradable y acogedor. Las doradas sillas de gastado tapiz y dispuestas rígidamente parecían criados que no tuvieran nada que hacer. Al lado del hogar de mármol donde ardía la cestita de un fuego sin llamas había una carbonera adornada con pinturas. Dos ventrudos jarrones flanqueaban en la repisa a un gran reloj de porcelana en que abundaban rollizos querubines. El papel de las paredes era rojo oscuro con figuras doradas; el friso de madera, blanco y bonito, estaba muy limpio. Los cuadros reflejaban principalmente el asombroso heroísmo de unos perrazos que acudían en auxilio de unos niños en peligro. Ni el agua, ni el fuego, ni los terremotos podían hacerle nada a un niño mientras hubiera perros como aquéllos.

Sentado al lado del fuego, el viejo doctor Winter, hombre barbado, sencillo y con cara de bueno, historiador y médico del pueblo, tenía en los ojos una expresión de asombro mientras, cruzadas las manos sobre las piernas, sus pulgares giraban uno en torno a otro. Hombre tan sencillo que sólo un hombre profundo podía saber que era

profundo, de pronto miró a Joseph, criado del intendente, para saber si había observado los asombrosos giros de sus pulgares, y le preguntó:

—¿Es a las once?

Joseph contestó abstraído:

—Sí, señor. La nota decía que a las once.

—¿La ha leído usted?

—No, señor. Me la ha leído su excelencia.

Y se puso a tocar las sillas para ver si se habían movido desde la última vez que las había puesto en su sitio. Habitualmente rezongaba a los muebles, pues esperaba que se mostraran impertinentes, o picaros, o que tuvieran polvo. En el mundo en que el intendente Orden era líder de hombres, Joseph era líder del moblaje, de los cubiertos de plata y de la vajilla. Hombre de cierta edad, enjuto y serio, su vida era tan complicada que sólo un hombre profundo hubiera comprendido que era un hombre sencillo. En el giro de los pulgares del doctor Winter no veía nada asombroso; lo que le producía era irritación. Sospechaba que algo importante pasaba en el pueblo cuando habían llegado tropas extranjeras y los soldados locales habían muerto o caído prisioneros. Tarde o temprano necesitaba una opinión clara sobre la cosa. No quería que hubiera frivolidad, ni que los pulgares del médico giraran, ni esperaba tonterías de los muebles. El doctor Winter movió la silla unas pulgadas desde el sitio de ritual y Joseph esperó con impaciencia que llegara el momento en que pudiera volver a ponerla en su sitio.

—Entonces, a las once estarán aquí. Es gente puntual — exclamó el médico.

—Sí, señor —replicó Joseph sin escuchar.

—Es gente puntual.

—Sí, señor.

—Parecen máquinas.

—Sí, señor.

—Corren hacia su destino como si no los estuviera esperando. Empujan al mundo para que gire más de prisa.

—Así es —contestó Joseph, simplemente porque se iba cansando de decir: «Sí señor».

A Joseph no le gustaba aquella clase de conversación, porque no le ayudaba a formarse opiniones sobre nada. No tendría sentido que después dijera a la cocinera: «Es gente puntual, Annie». Annie le preguntaría: «¿Qué gente?» y «¿Por qué?», y acabaría diciéndole: «No diga usted tonterías, Joseph». Joseph había intentado antes contar abajo cosas que decía el médico, y siempre había resultado lo mismo: a Annie le parecían tonterías.

El médico alzó la vista, fija en los pulgares, y observó la disciplina que Joseph imponía en las sillas:

—¿Qué hace el intendente?

—Está vistiéndose para recibir al coronel.

—¿Y no le ayuda usted? Si se viste solo se va a vestir mal.

—Le está ayudando Madame. Quiere que tenga la mejor facha posible. Le está —y Joseph se ruborizó un poco— arrancando los pelos de las orejas. Como eso hace cosquillas no me deja que se los arranque yo.

—Claro que hace cosquillas —contestó el doctor Winter.

—Madame insiste en arrancárselos.

El doctor Winter se echó a reír, se levantó y alargó las manos hacia el fuego. Joseph se lanzó hábilmente a colocar la silla donde debía estar.

—Somos admirables —exclamó el médico—. El país se hunde, han conquistado el pueblo, el intendente se dispone a recibir al conquistador y Madame le sujeta del cuello para poder dominar su forcejeo y arrancarle los pelos de las orejas.

—Se estaba abandonando mucho —replicó Joseph—. También sus cejas tienen necesidad. A su excelencia le molesta aún más que le arranquen las cejas que el que le

arranquen los pelos de las orejas. Dice que el arrancar cejas hace daño. No sé si Madame conseguirá arrancárselas.

—Lo intentará.

—Quiere que tenga la mejor facha posible.

En el cristal de la puerta se vio una cara y un casco. Se oyó una llamada y se hubiera dicho que en el salón se había apagado una cálida luz y que todo se ponía gris.

El doctor Winter miró al reloj y dijo a Joseph:

—Llegan antes de la hora. Que pasen.

Joseph se acercó a la puerta y la abrió. Un soldado —capote largo, casco, fusil-ametralladora al brazo— entró, dirigió una rápida mirada a derecha e izquierda y dejó paso. En el umbral apareció un oficial en cuyo sencillo uniforme no se conocía la graduación sino en las hombreras. Parecía el retrato —exagerado— de un *gentleman* inglés. Un poco cargado de hombros, cara roja y nariz larga, pero simpática, vestido de uniforme tenía el aire de desdichado que suelen tener la mayoría de los oficiales ingleses y, plantado en el umbral, miró fijamente al doctor Winter.

—¿Es usted el intendente Orden?

El médico sonrió:

—No, no soy el intendente.

—¿Es usted funcionario de la municipalidad?

—No; soy el médico del pueblo y amigo del intendente.

—¿Dónde está el intendente?

—Vistiéndose para recibirles. ¿Es usted el coronel?

—No; soy el capitán Bentick. —Y al decirlo inclinó la cabeza para saludar al médico, quien le devolvió ligeramente el saludo. Después el capitán añadió como un poco turbado por lo que tenía que decir—: Nuestras ordenanzas prescriben que antes de que el jefe entre en una habitación veamos si hay armas. No se trata de faltar al respeto, señor doctor. —Y por encima del hombro gritó—: ¡Sargento!

El sargento se acercó rápidamente a Joseph y le palpó los bolsillos:

—No tiene nada, mi capitán.

El capitán se dirigió al médico:

—Espero que sabrá disculparlo.

El sargento se acercó al médico, le palpó también los bolsillos y sus manos se detuvieron en el del interior del saco, del que rápidamente extrajo un aplastado estuche de cuero que entregó al capitán. El capitán lo abrió, vio que contenía unos sencillos instrumentos quirúrgicos —dos escalpelos, unas agujas de suturar, unas pinzas y una aguja de inyecciones—, volvió a cerrarlo y se lo devolvió al médico.

El doctor Winter explicó:

—Soy médico de pueblo y una vez tuve que hacer una apendicectomía con un cuchillo de cocina. Desde entonces llevo siempre esas cosas encima.

El capitán abrió un estuchito de cuero que llevaba en el bolsillo y replicó:

—Creo que éste contiene armas de fuego.

—¡Qué bien hacen ustedes las cosas!

—Sí; el hombre que teníamos aquí ha trabajado una buena temporada.

—Supongo que no querrá usted decirme quién es —exclamó el médico.

—Como ya ha terminado su labor, no creo que haya ningún inconveniente. Se apellida Corell.

El médico hizo un gesto de asombro:

—¿George Corell? ¡No puede ser! Ha hecho mucho por el pueblo; ha concedido hasta premios para el concurso de tiro que se iba a celebrar en las afueras. —Y sus ojos empezaron a ver lo que había sucedido, y su boca se cerró lentamente mientras decía—: Ahora lo comprendo; por eso organizó el concurso de tiro. Sí, sí, ya lo comprendo. Pero así y todo me parece imposible que pueda ser George Corell.

Se abrió la puerta del otro lado y apareció el intendente escarbándose el oído derecho con un meñique. Vestía de chaqué, ostentaba el collar del cargo y tenía un bigotazo blanco que caía como una ducha y dos bigotes más pequeños, uno sobre cada ojo. Se había pasado el cepillo de ca-

beza tan recientemente que el pelo empezaba entonces a esforzarse para recobrar su libertad y enderezarse. Llevaba tanto tiempo siendo intendente que personificaba la idea «intendente». Hasta las personas mayores le veían en la imaginación cuando veían impresa o escrita la palabra «Intendente». Su cargo y él eran una sola cosa. El cargo le había dado dignidad, y él había puesto calor en el cargo.

Detrás del intendente apareció Madame, mujer pequeña, arrugada y decidida. Madame entendía que era ella quien de una pieza de paño había creado a aquel hombre; que era ella quien lo había inventado, y estaba segura de que si tuviera que hacerlo de nuevo le saldría mejor. Sólo una o dos veces le había comprendido totalmente en la vida, pero la parte de él que conocía la conocía al detalle y bien. No se le escapaban jamás su falta de apetito ni ningún dolor que pudiera sentir, sus descuidos ni sus mezquindades; pero ninguno de sus pensamientos, sueños ni nostalgias le llegó nunca, a pesar de que varias veces había contemplado las estrellas.

En aquella ocasión se adelantó un poco y, como le hubiera sacado de la boca el dedo a un niño que estuviera chupándose, le agarró de la mano para sacarle el meñique de la oreja, le puso la mano en el costado en que debía tenerla y dijo:

—Nunca he creído que haga tanto daño como dices. — Y, dirigiéndose al médico, añadió—: No me deja que le arregle las cejas.

—Hace daño —replicó el intendente.

—Muy bien; si quieres tener la facha que tienes, no es mía la culpa —repuso Madame, quien se dirigió otra vez al médico—: Me alegro de que esté usted aquí, doctor. — Después alzó la vista y miró al capitán Bentick—: ¡Ah, el coronel!

—No, señora; estoy preparando la llegada del coronel —contestó el capitán—: ¡Sargento!

El sargento, que había estado dando vuelta a los cojines y mirando detrás de los cuadros, se acercó al intendente y le palpó los bolsillos.

—Perdone usted, señor intendente. Lo mandan las ordenanzas —dijo el capitán. Después dirigió la mirada a un librito que tenía en la mano—. Excelencia, creo que tiene usted dos armas de fuego.

—¿Armas de fuego? —replicó el intendente—. Supongo que se refiere usted a las escopetas. Sí; tengo una escopeta y un fusil de caza. —Y añadió en un tono un poco quejumbroso—: Ya no salgo mucho de caza. Siempre tengo la intención de salir, pero cuando empieza la temporada no salgo. Ya no me gusta tanto como antes.

El capitán Bentick insistió:

—¿Dónde están las armas, excelencia?

El intendente se frotó una mejilla e intentó recordar:

—Creo que... —y se volvió hacia Madame—. ¿No estaban en el fondo del armario del dormitorio, juntamente con los bastones?

—Sí, y hasta la última prenda huele a aceite. Ya podías guardarla en otro sitio —contestó Madame.

A la voz de «¡Sargento!» dada por el oficial, el subordinado entró en el dormitorio. El capitán Bentick exclamó:

—Es un deber desagradable. Perdonen ustedes.

El sargento volvió trayendo una escopeta de dos caños y un buen rifle de caza y los dejó al lado de la puerta de entrada.

—Eso es todo; gracias, excelencia; gracias, Madame —dijo el capitán, y, volviéndose hacia el médico, añadió—: Gracias, doctor. El coronel Lanser vendrá en seguida. Buenos días.

Y salió seguido por el sargento, que llevaba la escopeta y el rifle en una mano y el fusil-ametralladora en el brazo derecho.

—Por un momento había creído que era el coronel. Es bastante buen mozo —dijo Madame.

El médico comentó irónicamente:

—Ha venido para proteger al coronel.

Madame estaba pensando: «¿Cuántos oficiales vendrán?». Pero cuando miró a Joseph y vio que estaba escuchando desvergonzadamente, meneó la cabeza y le frunció el ceño, y Joseph se volvió a las cositas que estaba haciendo y continuó quitando el polvo.

—¿Cuántos cree usted que vendrán? —preguntó Madame al médico.

El médico movió escandalosamente una silla y se sentó:

—No sé.

—Hemos estado hablando de qué es lo que les podríamos ofrecer: si una taza de té o una copa de vino. Si les ofrecemos algo, no sé cuántos van a ser, y si no les ofrecemos nada, ¿qué vamos a hacer?

El médico meneó la cabeza y sonrió:

—No sé. Hace tanto tiempo que no hemos conquistado nada o que no nos han conquistado, que no sé lo que se debe hacer.

El intendente se había vuelto a llevar un dedo a la oreja:

—Me parece que no debemos ofrecerles nada. Creo que al pueblo no le gustaría. No sé por qué, no quiero beber con ellos.

Madame apeló al médico:

—¿No solía la gente en otros tiempos, quiero decir, los jefes, dirigirse cumplidos mutuos y tomar una copa de vino?

El médico asintió: «Sí, sí», meneó lentamente la cabeza y contestó:

—Es posible que entonces fuera distinto. Los reyes y los príncipes jugaban a la guerra como los ingleses juegan a la caza. Cuando el zorro moría se reunían a desayunar. Pero el intendente tiene probablemente razón: al pueblo no le gustaría que brindara con el invasor.

—Annie me ha dicho que el pueblo está oyendo la música, y si ellos pueden hacer eso, ¿por qué no hemos de

portarnos nosotros como personas civilizadas? —contestó Madame.

El intendente la miró fijamente un instante y habló en tono duro:

—Con tu permiso, creo que no se va a beber nada. La gente está perpleja. Han vivido en paz tanto tiempo que no acaban de creer en la guerra. Cuando crean se acabará la perplejidad. A mí me eligieron para que no me quede perplejo. Esta mañana han muerto seis chicos del pueblo, y no nos vamos a reunir en un desayuno de caza. La gente no hace la guerra por deporte.

Madame bajó un poco la cabeza. En varias ocasiones de su vida, su marido había sabido ser intendente, y ella había aprendido a no confundir al intendente con el marido.

El intendente miró al reloj, y cuando apareció Joseph con una taza de café la tomó distraídamente, dio las gracias y bebió un sorbo:

—Quiero que se me comprenda claramente —dijo al médico en tono de disculpa—. En buena... ¿Cuántos crees tú que son los invasores?

—No muchos —contestó el médico—. No creo que pasen de doscientos cincuenta; pero cada uno lleva su pequeña ametralladora.

El intendente tomó otro sorbo de café y le hizo otra pregunta:

—¿Qué pasa en el resto del país?

El médico se encogió de hombros.

—¿No ha habido resistencia en ninguna parte? —prosiguió el intendente, desalentado.

El médico se volvió a encoger de hombros:

—No sé. Se han apoderado de las líneas telegráficas o las han cortado. No hay noticias.

—¿Y nuestros chicos, nuestras tropas?

—No sé...

—He oído que... Annie ha oído que... —interrumpió Joseph.

—¿Qué sabe usted?

—Han muerto tres chicos. Annie ha oído que otros tres han quedado heridos y caído prisioneros —contestó Joseph.

—Eran doce.

—Annie ha oído que tres han huido.

—¿Quiénes son los que han huido? —preguntó el intendente volviéndose bruscamente.

—No sé. Annie no lo ha oído.

Madame, que estaba inspeccionando una mesa para ver si tenía polvo, exclamó:

—Quédese usted cerca del timbre cuando vengan. Es posible que necesitemos algo. Y póngase la otra chaqueta, la de los botones. —Y, después de pensar un momento, añadió—: Y cuando termine de hacer lo que se le diga, salga del salón. Hace mala impresión el verle escuchando. Eso es de provinciano.

—Sí, señora —contestó Joseph.

—No se servirá vino, Joseph, pero tenga a mano la cajita de plata con cigarrillos. Para encenderle uno al coronel no raspe el fósforo en la suela del zapato, ráspelo en la caja.

—Sí, señora.

El intendente se soltó el chaqué, sacó el reloj, lo guardó y se volvió a abotonar el chaqué, pero se lo abotonó demasiado arriba. Madame se le acercó y se lo abotonó correctamente.

—¿Qué hora es? —preguntó el médico.

—Las once menos cinco.

—Es gente puntual —replicó el médico—. Llegarán a la hora. ¿Quieren ustedes que me vaya?

El intendente se sobresaltó y se rió suavemente:

—¿Si queremos que te vayas? No, no; quédate. Tengo un poco miedo. —Y añadió en tono de disculpa—: Bueno, miedo no; estoy un poco nervioso. Hace mucho tiempo que no nos han conquistado...

Se detuvo para escuchar. A lo lejos se oía una banda de música, una marcha. Madame, el intendente y el médico se volvieron para prestar atención.

—Ya vienen. Espero que no sean demasiados. Este salón no es muy grande —dijo Madame.

—¿Preferiría usted disponer del Salón de los Espejos de Versalles? —replicó irónicamente el médico.

Madame se mordió los labios, dirigió una mirada en torno y musitó: «Es un salón muy pequeño». Su imaginación estaba ya distribuyendo los conquistadores.

La música se hinchó un poco y luego fue extinguiéndose. Llamaron suavemente a la puerta.

—¿Quién puede ser? Joseph: si es alguien, dígame que venga más tarde. Estamos ocupados —dijo Madame.

Volvieron a llamar. Joseph se acercó a la puerta, la entreabrió y acabó por abrirla un poco más. En el umbral se vio una silueta gris, con casco y guanteletes:

—El coronel Lanser saluda a su excelencia y le ruega que lo reciba.

Joseph abrió la puerta de par en par. El soldado entró, recorrió rápidamente el salón con la mirada y se apartó:

—El coronel Lanser.

En el salón entró otro soldado con casco. Sólo en las hombreras se le conocía la graduación. Detrás de él entró un hombrecillo vestido de negro. El coronel —hombre de cierta edad, pelo gris, expresión dura y cara de cansado— tenía las cuadradas espaldas de los soldados, pero a sus ojos les faltaba la inexpresividad que suelen tener los del soldado. El hombrecillo vestido de negro era calvo y sonrosado, con unos ojitos negros y una boca sensual.

El coronel se quitó el casco e hizo un rápido saludo de cabeza: «¡Excelencia!». Después saludó a Madame: «¡Madame!», y añadió: «Haga el favor de cerrar la puerta, cabo».

Joseph se apresuró a cerrarla y miró con aire de triunfo al cabo.